

“UNA VIDA BUSCANDO VER MEJOR Y MÁS LEJOS... SOBRE LOS HOMBROS DE GIGANTES”.

Entrevista a Fernando Quesada Sanz.

Carlos Espí Forcén y José Miguel García Cano
Universidad de Murcia



Fernando Quesada Sanz, catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, nos acogió en su casa el 12 de diciembre de 2025 para llevar a cabo esta amable entrevista entre amigos. La conversación fluyó plácidamente, en compañía de su mujer Nuria y con la degustación de unos magníficos quesos y vinos. Tuvimos la oportunidad de consultar su excelsa biblioteca personal, bien ordenada por secciones (íberos, egipcios, griegos, romanos o ejércitos napoleónicos, entre otros), además de algunas de las joyas que atesora en su apartamento: su colección privada de maquetas y soldaditos de plomo, así como varias reproducciones de falcata, pilum, gladius hispaniense, e incluso, un estandarte napoleónico, objetos que reflejan a la perfección sus intereses y pasiones.

De todas tus especialidades, quizás seas especialmente conocido por tus estudios sobre armas y arqueología militar.

Me agobia un poco que la gente diga que yo soy el gran especialista en armas ibéricas, o en armas del Hierro, o el gran especialista en armas, porque yo creo que he hecho mucho más que eso. Lo que pasa es que el mundo académico es territorial, tiende a encasillar, acepta que eres especialista en alguna cosa y no se te discute demasiado en ese campo, y tácitamente tú no te metes demasiado en el terreno de los demás. Pero claro, si además eres un buen conocedor de la cerámica ibérica y has publicado con don Emeterio Cuadrado y has hecho trabajo de campo relevante, eso se conoce y valora menos. Yo creo haber aportado cosas relevantes en varias líneas distintas, pero claro, sin duda, mi trabajo fundamental tiene que ver con la historia militar. En realidad, yo no he estudiado las armas en sí mismas, he usado las armas como un pretexto para hablar de la sociedad ibérica, de un aspecto esencial de la sociedad ibérica, que era su mentalidad aristocrática y guerrera. He estudiado el papel del arma como objeto simbólico, asociado al estatus de hombre libre como criterio de posición social, tanto en la vida y en la muerte, así como el papel de las armas como expresión de la mejor tecnología de cada época, o su función en la ritualidad. Son enormemente expresivas. Todo eso es una expresión de los valores de una sociedad al completo y eso es lo que hace apasionante el estudio de las armas. Pero en su contexto.

Arqueólogo, iberista, egiptólogo y especialista en historia militar. ¿Cómo combinas todas tus especialidades y aficiones?

Creo que modestamente conozco bien el mundo ibérico, pero es muy difícil abarcar todas las facetas y siempre uno acaba especializándose. Otra forma de analizar las cosas es a través del estudio profundo de un tema más concreto pero en larga duración, por lo que me considero, ante todo, un arqueólogo y un historiador militar. Efectivamente, he trabajado mucho, no solamente sobre la guerra y las armas en la Edad del Hierro peninsular, sino que me ha interesado mucho el estudio de la historia militar en toda su duración, en toda su complejidad, en todas sus facetas y a lo largo de toda la historia.

¿Y respecto a la egiptología?

Tengo un amigo, que se dedica al mundo griego clásico, que dice que la egiptología no es una disciplina, sino una patología, en el sentido de que “envenena” -dicho cariñosamente- a quienes se dedican a ella. En eso sigue al gran Auguste Mariette que decía casi lo mismo. La egiptología me atrapó desde niño y es cierto que, en los inicios de mi carrera profesional, jugaba a dos bandas, Egipto y la Cultura Ibérica. Cuando tienes veintipocos años, tienes mucha energía, y estaba excavando en Egipto, aunque, poco a poco, me di cuenta de que hoy en día no se puede servir a dos amos exigentes a la vez. Egipto iba a ser en los años ochenta una vía muerta por la distancia. Y consideré que había más posibilidades de hacer algo importante en el mundo ibérico.

¿Cómo podías estudiar el mundo egipcio e ibérico a la vez?

En el contexto de finales de los 80, me di cuenta de que conseguir una excavación en Egipto iba a ser muy difícil. Además, no sabía leer jeroglífico al nivel necesario -es tarea a hacer

durante años de formación- y no podía, a esas alturas, irme a Estados Unidos o Inglaterra a hacer la carrera de egiptología, así que esa vía decidí no cerrarla, pero sí taponarla, porque también me di cuenta de que no se puede ser especialista de todo. Entonces, de manera natural, por la influencia de Manuel Bendala y de Gratiniano Nieto, me fui haciendo iberista con una mirada puesta en Murcia, en Cabecico del Tesoro y en el sureste peninsular. Cuando volví a Murcia, el nuevo director del museo era José Miguel García Cano. Yo no lo conocía de nada, pero quería seguir trabajando sobre Cabecico del Tesoro y me trató con exquisita amabilidad, aunque con cierta distancia al principio, que luego entendí, porque estaba algo cansado de ver gente que, desde fuera, a veces con cierta soberbia, pedía fotografías y dibujos de materiales para publicarlos luego como paracaidistas, sin haberlos visto directamente. Eso ya ha cambiado por completo, por supuesto. Luego nos hicimos grandes amigos, casi hermanos.

¿Llegaste a excavar en Egipto?

En aquella época, yo era novio de mi primera mujer, María José López, que Don Emeterio Cuadrado llamaba “mi Nefertiti”, ella era una enferma de una de estas patologías egiptológicas y yo también estaba enamorado de la egiptología. Conocíamos a María Carmen Pérez Díe, que era la conservadora de Egipto del Museo Arqueológico Nacional, y conocíamos también un grupo de aficionados, por lo que fundamos la Asociación Española de Egiptología, de la que fui vocal en su primera Junta y fundador del *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, que todavía sigue existiendo. Fue entonces, cuando María Carmen Pérez Díe, que dirigía las excavaciones españolas en el Heracleópolis Magna, nos invitó a María José y a mí a unirnos al equipo de excavación. Y allá fuimos, estuve colaborando en la misión durante dos años y luego volví, un año más, al Congreso Internacional de Egiptología del Cairo, donde no muy auspiciosamente terminó mi vinculación con la egiptología de campo.

¿Con qué te quedas de tu paso por la egiptología de campo?

Era maravilloso, excavábamos en el yacimiento, pero los viernes hacíamos excursiones a yacimientos que no estaban abiertos al público, ya que el Servicio Egipcio de Antigüedades nos daba unas tarjetas que te permitían acceso a cualquier tumba o lugar. Tras terminar la excavación, nos quedábamos dos o tres semanas recorriendo el país, y allí es donde descubrí en detalle, con un coche alquilado, yacimientos como Tell el-Amarna, la zona de El Fayum o los



Con veinticuatro años, estudiando cerámica faraónica en Heracleópolis Magna (Egipto), allá por noviembre de 1986. Obsérvese al gato que, pelado de frío, se ha metido en el recipiente cerámico calentado por el flexo.

oasis. Ahí descubrí lo que era la arqueología que a mí me gustaba, que era la arqueología internacional, donde constantemente, en los congresos, en los yacimientos, estabas hablando con un holandés, un danés, un inglés, un alemán o un francés, y donde el idioma de referencia no era el español, era el inglés.

¿Por qué te desvinculaste de un mundo tan apasionante?

Era muy joven y venía con mucha experiencia de trabajo en paleolítico, en bronce, en iberos, en romanos, en medieval, estaba al tanto de todas las técnicas de entonces, y en Egipto no excavábamos así, con los criterios que yo, en mi cierta soberbia de entonces, propia de la juventud, consideraba que eran los más adecuados. Eso me llevó a disentir de algunos miembros del equipo que tenían criterios más flexibles. Luego entendería que excavar en Egipto no es lo mismo que excavar un yacimiento paleolítico del Manzanares o un yacimiento fenicio, la escala allí era colosal. Pese a ello, publicamos un libro y algunos artículos sobre la cerámica faraónica del yacimiento que creo tienen cierto valor en un campo que, por entonces, apenas era prioritario. Con todo, nunca he abandonado mi vinculación con Egipto, me mantengo bastante al día, en la docencia, o en aspectos muy concretos de la investigación, por ejemplo, en la construcción y empleo de los carros de guerra faraónicos en el contexto del Mediterráneo.

¿Qué crees que te llevó a ser arqueólogo?

Cuando una profesión es vocacional, y desde luego la arqueología lo es, la primera pregunta que te hace la gente, los familiares o los amigos, es precisamente esa: ¿y a ti qué te llevó a hacer arqueología? Y yo siempre les digo que podría haber sido arqueólogo, militar o astrofísico, que son tres cosas muy distintas, pero no pude ser militar por carecer de las condiciones básicas para el oficio, tampoco astrofísico porque las matemáticas y la física son muy duras y a la arqueología me llevó el destino desde muy pequeño. Cuando tenía 9 o 10 añitos, por el año 72-73, una Navidad, una tía segunda me regaló, por puro azar, podría haber sido un libro de animales, o uno de Salgari, pero fue un libro titulado *La gran aventura de la arqueología*, libro maravillosamente ilustrado al modo clásico, sin IA ni Photoshop, que me dejó absolutamente fascinado: trataba Egipto y Sumer, todas esas grandes aventuras de la arqueología, de dioses, tumbas y sabios y caí atrapado, todavía lo tengo en mi biblioteca y lo conservo como oro en paño, aunque esté arrugado y con el lomo destrozado, pues ha pasado más de medio siglo de aquel regalo. Y hasta ahora.

¿Pero mantuviste la pasión desde los 9 años hasta el doctorado?

Curiosamente sí, con 12 ó 13 años, en una asignatura de EGB que se llamaba “pre-tecnología”, hice una maqueta de una tumba egipcia en cartón con todas las pinturas y todos los jeroglíficos puestos en las paredes, su sarcófago de madera de balsa decorada.... Todavía la conservo (se levanta y trae la maqueta). La maqueta era preciosa, pero el profesor -cuyo nombre recuerdo pero no repetiré- me puso un 8 y a un compañero que hizo el testamento político de Franco pasado frotando con gasolina sobre una cartulina, le puso un diez, lo que me convirtió en un antifranquista convencido para el resto de mi vida y me hizo ver la injusticia del mundo académico. Cosa que luego me vino muy bien con el paso de las décadas para darme cuenta de cómo funcionan las cosas. Además, en verano, mis padres me enviaban a Inglaterra a estudiar inglés desde pequeño, por lo que consiguieron que aprendiera inglés ya desde muy joven y, sobre todo, me abrieron las puertas al Museo Británico, donde vi cosas maravillosas, y a las librerías inglesas como Foyles en Londres, o Heffers en Cambridge, donde pasaba horas, y que tenían poco que ver con la Casa del Libro de entonces....

Parece que el regalo de Navidad, la maqueta y el Museo Británico te impulsaron a estudiar arqueología. ¿Dónde estudiaste la carrera?

Entré en la Universidad Autónoma de Madrid en el año 80, con muchísimas ganas, y, la verdad, es que la universidad de entonces permitía mucho más que ahora, desde primero de carrera podíamos excavar. Tuve el privilegio de que, a lo largo de los cinco años de carrera de Historia, pasé dos meses cada verano excavando: todo julio, buena parte de agosto y todo septiembre. Además, el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Autónoma era un departamento muy potente, dirigido por Gratiniano Nieto, que tenía como segundo de abordo

a José Sánchez Meseguer, quien tenía una gran virtud, pues, desde primero de carrera, admitía alumnos en el laboratorio.

¿En qué excavaciones pudiste participar durante estos años de carrera?

Tuve mucha suerte. Excavé Paleolítico en los areneros del Manzanares con Mercedes Gama-zo, Edad del Bronce en la Encantada y en la cueva de Estremera con Sánchez Meseguer, Colonizaciones en el castillo de Doña Blanca con Diego Ruiz Mata, ibérico en Almedinilla con Vaquerizo, villas romanas en Getafe con Concha Blasco y Charo Lucas, y romano en La Bienvenida con Melus Fernández Ochoa... es decir, aprendí de todos los periodos y con muchos grandes nombres de la arqueología. También excavé, hacia 1981, medieval en el yacimiento de Calatalifa con Juan Zozaya Stabel-Hansen, quien me introdujo de forma pionera en el sistema Harris. De manera que entonces uno podía acabar la carrera con una formación de campo extremadamente sólida, con diez o doce campañas de excavación de un mes, a pesar de la interrupción del servicio militar, pero, yo creo, que uno terminaba en condiciones de dirigir una excavación propia con todas las garantías.

Imagino que, además de todo esto, tuviste que hacer “la mili”, que entonces era obligatoria.

Hice voluntariamente el servicio militar en la IMEC, lo que me permitió estar un tiempo en la Academia de Infantería de Toledo y obtener la estrella de alférez. Fue una formación extremadamente interesante por la exigencia académica y física de la Academia de Infantería y por la cantidad de campo que se hacía, útil luego en arqueología. De hecho, cuando volvía a la Facultad, me parecía una broma el nivel de exigencia que se daba en comparación con las clases físicas y las teóricas de tiro, de topografía o de trigonometría que te daban en la Academia. Ahí comprendí que la formación universitaria en la facultad de Filosofía y Letras podía ser mucho más exigente de lo que era realmente.

¿Fue el servicio militar lo que te hizo apasionarse por la arqueología de la guerra?

Me interesaba mucho el mundo de la historia militar, de la arqueología militar, veía ahí que había un mundo que, en aquella época, apenas existía y mucho menos en España. En principio, yo quería estudiar cuestiones de armamento y guerra antigua y fui a hablar con Pepe Sánchez Meseguer para proponerle una tesina sobre las espadas de la Edad del Bronce en la península ibérica, pero él me desanimó, quizá porque era un tema apenas explorado en aquella época. Entonces me quedaban dos opciones: Tarteso y el mundo ibérico. En aquel momento, ya había entrado al departamento, desde Sevilla, Manuel Bendala Galán, que se convertiría, andando el tiempo, en uno de mis dos maestros y fue él quien me dijo: “si te metes en serio en arqueología ibérica y en el mundo de la guerra, tienes para una vida de trabajo”, así que me animó y me especialicé en armamento y guerra en el mundo ibérico.

¿Y eso fue lo que te llevó a Murcia?

Murcia se la debo a Gratiniano Nieto Gallo, un personaje de otra época, había sido rector de la universidad, director general de Bellas Artes y era un caballero. En una ocasión, me recibió en su casa, en un sofá de estilo clásico, con un perro enorme a sus pies y su mujer detrás, apoyada en el sofá, parecía una foto del siglo XIX. Y allí me cedió toda la información del Cabecico del Tesoro, un yacimiento absolutamente esencial en la cultura ibérica, que se había excavado al comienzo de la guerra civil y luego, en los años 50, por Cayetano de Mergelina. Fue él quien hizo ingresar a Gratiniano Nieto en la arqueología desde Valladolid, las excavaciones del yacimiento no se habían publicado, pero Gratiniano tenía una masa de información inédita en distintos grados de orden... y desorden.

Así que te especializaste en arqueología ibérica gracias a Gratiniano Nieto y Cabecico del Tesoro...

Gratiniano era ya mayor, se jubiló y moriría poco después, pero antes me pasó muchos de esos materiales y le dijo a su discípulo Sánchez Meseguer que me facilitara el resto y me dejara trabajar con ello. Así que empecé a trabajar sobre el Cabecico en compañía de unos queridos amigos: Ignacio Jimeno, Patricia Martínez y Paloma Horta. Juntos catalogamos, sis-

tematizamos y empezamos a informatizar toda la necrópolis con un sistema de IBM, previo al Windows, era MS-DOS puro. El Cabecico del Tesoro me abrió las posibilidades no solamente del estudio de las armas y de la guerra, sino de la cultura ibérica en general.

¿Fuiste a Murcia a estudiar los materiales?

Sí, claro. Hacía falta el contacto directo con los materiales y así es como, sin encomendarme ni a Dios ni al Diablo, me dirigí al Museo de Murcia para preparar la memoria de Licenciatura, que, en aquella época, era un trabajo casi del nivel de una Tesis actual, al menos en la UAM. En aquella época, el Museo de Murcia lo dirigía Pedro Lavado, quien me recibió muy solemne y a la vez amable en su despacho, me dio permiso de estudiar las colecciones con la exigencia de que me pusiera un casco para trabajar en los sótanos del museo y de que firmara un documento exonerándole de mi posible muerte si se me derrumbaba encima el techo, que estaba en malas conducciones. No fue una entrada muy auspiciosa en los fondos, pero bueno, firmé lo que había que firmar, me puse el casco de plástico, que me quité, en cuanto llegué a los sótanos, porque hacía un calor espantoso y empecé a ver, fila tras fila de estanterías altísimas, llenas de cajas de madera antiguas, materiales envueltos en papel de periódico de los años 30, 40 y 50. Allí conocí a Sonia Gutiérrez Lloret, catedrática ahora en la Universidad de Alicante, que estaba haciendo también su memoria de licenciatura, y allí pasé yo muchas semanas trabajando con los materiales del Cabecico para redactar mi memoria de licenciatura sobre 'Armamento, Guerra y Sociedad', sí, las tres cosas, que se publicó, en el año 89, en los *British Archaeological Reports*, serie que entonces gozaba de mucho prestigio.

Imagino que entonces te planteaste pedir una beca de investigación...

Ahora hay muchas becas, en realidad contratos predoctorales, del Ministerio, de la universidad, becas de no-sé-qué, ... En 1985, estaban solo las becas de Caja Madrid, que gané, pero renuncié a ella, porque gané la de formación FPI del Ministerio, que, entonces era la puerta noble de entrada a la universidad. Esa beca me permitió hacer la tesis doctoral, bajo la dirección y magisterio de Manuel Bendala Galán, y hacer varias estancias de investigación en Oxford ... gran época.

¿Hiciste otras estancias de investigación internacionales?

Sí, estuve en la Escuela de Arqueología de Roma, por mediación del profesor Bendala, lo que me permitió trabajar en el Vaticano y en el Museo de Villa Giulia, donde pasé semanas dibujando y estudiando *machairas* y otras armas etruscas. Algún conservador del museo me dijo que era el primer español que venía tras María Eugenia Aubet, a la que conocían por los marfiles, y Martín Almagro Gorbea. Recuerdo también haber estado con Francesco Buranelli, que era conservador del Museo Gregoriano Etrusco del Vaticano, y tener experiencias maravillosas, como que me sacaran *machairas* espléndidas a salas nobles del Vaticano para dibujarlas, pues no había un laboratorio para visitantes. Dibujé montones de armas, algunas estaban parcialmente publicadas, otras no, pero yo las redibujé, las estudié, y las publiqué de nuevo, sacando cosas nuevas sobre el origen y las diferencias entre una *machaira* griega, una *machaira* etrusca y una *falcata* ibérica.

¿Alguna anécdota de estas estancias?

Recuerdo un paseo con un bedel, con su guardapolvo, llevando la *machaira* de Bomarzo, una pieza etrusca muy grande, y otro que iba adelante con una enorme llave, llegamos a un pasillo larguísimo, vi una puerta enorme y el bedel metió la llave para ingresar en una sala espectacular, con el techo abovedado lleno de pinturas, una mesa inmensa de estas antiguas en el centro, me colocaron allí la *machaira*, me pidieron que tuviera cuidado y me dejaron encerrado con llave en la sala para que pudiese dibujar, estudiar y fotografiar la pieza. Claro, esas experiencias eran únicas para un chico de veintipocos años, en un Museo Vaticano, en el que me asomaba a la ventana y veía la iglesia de San Pedro.

Has mencionado que también estuviste en Inglaterra...

Hice varias estancias breves en Oxford, entonces los viajes se pagaban con la propia beca, no había fondos específicos para estancias, aunque si alguna ayuda de la Comunidad de Madrid.

Me formé en el *Ashmolean Museum* y en la antigua *Haverfield Room* para estudiar. Recuerdo entrar en la librería del *Ashmolean Museum*, ir a buscar una cosa de cerámica egipcia y en el pasillo quedarme sentado en el suelo del pasillo, viendo libros de asirios. Y luego ir a la parte del mundo ibérico y quedarme atrapado, dos estanterías más adelante, en la parte del mundo celta. Aquello era otro universo, la biblioteca de Oxford no tenía nada que ver con las bibliotecas españolas de entonces, salvo la del Instituto Arqueológico Alemán y la del Museo Arqueológico Nacional. Pero, al volver de una de esas estancias, la Directora del Departamento de entonces me llamó a capítulo en la Autónoma y me dijo que me estaba equivocando, que tenía que hacer más vida de departamento si quería sacar una plaza de ayudante... me di cuenta de que me estaban dando un toque. Hoy en día eso sería inconcebible, al contrario, te obligan a pasar años fuera, pero, en 1985-1986, ni siquiera te pagaban esas estancias.

CEF: Antes de conocerte personalmente, te conocí bibliográficamente por verte citado en bibliografía anglosajona. Algún año después, en un congreso sobre guerra en la Antigüedad en Bonn, comprobé, junto a Fernando Echeverría, que los académicos extranjeros te citaban una y otra vez. ¿A qué piensas que se debe este fuerte impacto internacional?

La formación internacional y la proyección en el extranjero es fundamental y eso lo apliqué desde muy jovencito. En 1989, publiqué mi tesina en dos tomos en una editorial inglesa, los BAR, aunque fuera en español, pero con resumen en inglés y eso que en Oxford no conocía a nadie, salvo al gran Barry Cunliffe, que excavaba en Andalucía. Luego mi tesis doctoral resultó masiva y no encontraba una editorial española que la acogiera entera, sino troceada, así que acabé publicándola en Francia, también en dos volúmenes, y ha sido uno de los libros de la colección que más se ha vendido, se ha citado muchísimo y eso me abrió muchas puertas. No tengo muchísimas publicaciones en idiomas extranjeros, en torno a una cincuenta en media docena de idiomas, además de otras en español en medios extranjeros, pero me he movido mucho en congresos fuera. Aun así, he procurado mantener esa vinculación externa y ahora se acaban de publicar dos traducciones de libros míos al inglés que abren un campo mundial porque debemos reconocer que el mundo anglosajón no lee apenas español, y solo si publicas en sitios clave, en revistas especializadas anglosajonas, o francesas, te encuentras con que te citan y, efectivamente, tengo el privilegio y el agradecimiento de ser bastante conocido en el mundo internacional de la historia militar antigua.

CEF: También noté en ese congreso de Bonn que muchos académicos de historia antigua no conocían bien la arqueología.

Sí, por eso yo estudié las dos especialidades. Primero Prehistoria y Arqueología y luego, ya licenciado y con la beca predoctoral, hice Historia Antigua y leí la segunda tesina con el maestro y amigo Adolfo Domínguez Monedero. A veces, te encuentras con algunos especialistas de historia antigua que no leen trabajos de arqueología pura y dura, que es sin embargo una disciplina histórica -yo soy de formación europea. Y, a la inversa, lo mismo. Luego surgen publicaciones donde se reinventa la rueda, y resulta que lo que han inventado, ya está dicho o sugerido antes desde la perspectiva de la otra disciplina. Para muchos, la arqueología y la historia antigua siguen siendo dos disciplinas independientes. Y no lo son. En temas militares, no solo hay que asimilar a Polibio, que era lo que se había hecho, desde el s. XVIII hasta hace 20 o 30 años, sino estudiar la enorme revolución que, sobre los ejércitos y la guerra en época romana republicana, ha surgido sobre todo en la península ibérica -España y Portugal-, precisamente desde hace 20 años. Todo el tema de la *gladius hispaniensis*, la artillería romana, los contextos arqueológicos de Numancia, de Baecula, los campos de batalla en el bajo Ebro y Cantabria, y tantos trabajos de campo recientes, están generando una revolución que una historia, basada sobre todo en fuentes literarias, no podía proporcionar.

¿Cuándo comenzaste la colaboración con José Miguel García Cano?

En el año 87, él había entrado como director del Museo de Murcia, y había creado una revista maravillosa, la revista *Verdolay*, y me dijo: “oye, tengo aquí un casco de bronce que te puede interesar porque creo que tú has publicado alguna cosa sobre ello”. Se trataba de un casco de bronce Montefortino, procedente de la puebla de Don Fadrique (Granada). En aquella época,



Foto: En casa de Don Emeterio con Raquel Castelo, fotografiando los caballitos del santuario.

se decía que eran celtas, pero yo demostré, y fui de los primeros en argumentarlo con claridad, que eran de origen itálico y de tradición romana. José Miguel me dijo: “si quieres, te mando unas fotos para que lo estudies” y yo le dije: “vale, pero bajo a Murcia a verlo”. Y ahí cambió todo, empezamos a tomar cervezas, a charlar de lo divino y lo humano, y nos hicimos amigos, una amistad, casi una hermandad, que ha perdurado de forma entrañable hasta la actualidad, tanto con él como con su mujer Virginia.

Con Virginia y José Miguel compartes el magisterio de Don Emeterio Cuadrado...

Fue Manuel Bendala quien me presentó a Don Emeterio, que, a finales de los 80, ya era mayor, y tuve la inmensa suerte de caerle en gracia. Durante los años siguientes, todos los martes por la tarde, me iba a su casa, en la calle Alcalá de Madrid, a estudiar lo que todavía estaba sin publicar de la necrópolis de El Cigarralejo. Todavía no estaba publicado su libro sobre la panoplia, ni su libro sobre la necrópolis y discutíamos sobre las falcatas de cabeza de pájaro y cabeza de caballo... las lanzas... la estadística... nos retroalimentamos. Aprendí una barbaridad y se convirtió, quizá, en mi mayor maestro, además de un amigo al que siempre traté de usted. Manuel Bendala fue quien me orientó, abrió puertas y apadrinó a menudo, y Don Emeterio fue mi maestro en lo ibérico... y también lo humano, en la arqueología humana; una persona que, precisamente por no estar metida en la Academia, estaba por encima de las miserias de los departamentos universitarios.

Parece que todo el que le conoció, habla maravillas de Don Emeterio...

A Don Emeterio le adoraba todo el mundo, tenía el respeto y afecto de los alemanes, tenía el respeto de los franceses, todos pasaban por su casa de Mula. Yo “me enamoré” de Don Emeterio, en el mejor sentido de la palabra, pasaba tardes enteras en su casa, desde las 4 hasta las 9 de la noche, y hablábamos y hablábamos, le enseñaba mis cosas, para mí era lo mejor de la semana en lo académico. Vi el cielo el día que él me propuso publicar una cosa juntos. Don Emeterio rarísima vez publicó con nadie y publicamos, en el número 1 de la revista *Verd-o-lay*, un estudio sobre la cerámica de El Cigarralejo, donde yo retocaba y corregía algunas de las cronologías, pero que, sin la masa de información que él tenía recogida, no hubiéramos podido publicar. Fue la arqueología mejor que he hecho en mi vida, disfruté como un enano.

¿Fuiste a Mula a excavar en El Cigarralejo?

Don Emeterio y su mujer, Doña Rosario, me llevaron varias veces a Mula. Pasé muchos días en Mula, con excavación o sin ella, durmiendo en su casa, alguna vez con sabios como Salvador Rovira, con el que compartía el mismo cuarto, y otras veces durmiendo en el polideportivo con el equipo que trabajaba en la excavación. Lo recuerdo como una época entrañable, sobre todo por la confianza y el afecto que Cuadrado me dio. Como curiosidad, contaré que, en realidad, a Cuadrado lo había conocido mucho antes: tan fuerte me había dado por la arqueología que, con 11 ó 12 años, mi madre, que era archivera y bibliotecaria, se enteró de que existía una Asociación Española de Amigos de la Arqueología y me matriculó en ella, por lo que soy miembro de esta asociación desde hace más de medio siglo. Lo curioso es que, en aquella época, la Asociación la presidía Don Emeterio Cuadrado y, en alguna ocasión, me dijo que recordaba a un crío muy pequeño que iba a algunas conferencias. Décadas después hice amistad con él. Gracias a él y a Bendala entré también en contacto con el Instituto Arqueológico Alemán, del que ahora tengo el honor de ser miembro correspondiente. Pero entonces conocí a grandes como Michael Blech, Dirce Marzoli, Schattner, e incluso, aunque menos, a Hermanfrid Schubart. A través de Cuadrado, entré en contacto con lo mejor de la arqueología española, que me acogió con un cariño que yo no esperaba y que no era normal en un joven estudiante. Cuadrado me pasó mucha información inédita, con una generosidad que apabulla: tengo todavía planos completos de todo el Cigarralejo, que él mismo no llegó a publicar en vida, podría haberlos publicado, pero, por respeto y por un poco de pudor, jamás se me ocurrió meterme con aquello.

Podría decirse que tus experiencias en Murcia han marcado tu carrera...

En unas Jornadas de Arqueología en Murcia, creo que en el año 91, conocí también a Doña Ana María Muñoz que me confundió con el nieto de Don Emeterio en un momento muy divertido. Mi vinculación con Murcia nunca cesó de mejorar, continué trabajando con Don Emeterio y creo que fui de los primeros en ver los dibujos que había hecho montando las vitrinas de cómo iba a ser su museo, ahí empecé a colaborar con Virginia Page. De hecho, se ha producido un fenómeno curioso y es que ahora mis discípulos Pepe Fenoll y Jesús Robles, el último recién doctor y uno de los mejores discípulos que he tenido en toda mi vida, han publicado un libro sobre la escultura de El Cigarralejo, que he tenido el privilegio de prologar, en una colección en la que yo escribí el segundo de los libros. Además, Pepe Fenoll hace la tesis sobre el Cabecico del Tesoro aprovechando un proyecto que hicimos José Miguel, Virginia y yo, de modo que se ha formado una cadena intangible, pero muy hermosa, de vinculaciones, se crea una especie de continuidad, un legado en que gente a la que tú has formado, hace cosas que van más allá de lo que tú puedes hacer ya. Para mí, es un verdadero orgullo, además son también discípulos y amigos de José Miguel García Cano, trabajan en Coimbra. Con lo cual, de alguna forma, se forma una red prolongada por generaciones, de vinculaciones y de sapiencia, no solo con Pepe y Jesús, también con Pablo Harding. Otros de mis discípulos, como Javier Moralejo y Mar Gabaldón, son ya profesores de la universidad. Don Emeterio Cuadrado usaba la famosa frase de Bernardo de Chartres “somos enanos sobre los hombros de gigantes”, yo me siento un enano sobre el hombro de un gigante, que es Don Emeterio y otro que es Manuel Bendala, lo que he podido ver después es porque estaba subido sobre sus hombros.

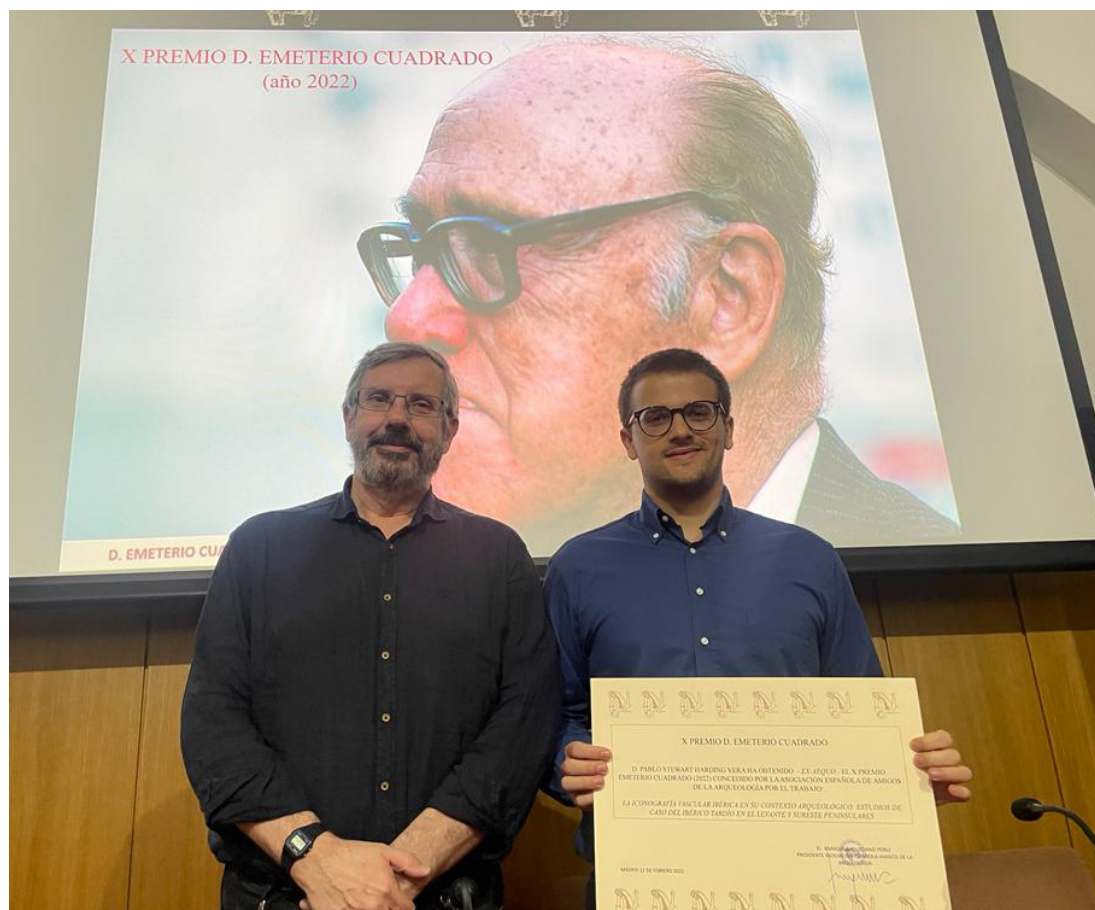


Foto: Fernando Quesada con su contratado predoctoral Pablo Harding en la entrega del X Premio Emeterio Cuadrado (2022) de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Fernando es Medalla de Honor de la Asociación en su 50 aniversario.

¿Qué destacarías de las aportaciones científicas de Emeterio Cuadrado?

Fueron colosales sus aportaciones sobre armas, cerámica, fíbulas, etc. pero si destacó por algo en su larga vida, fue por su rigor metodológico, propio del gran ingeniero que era. Cuando empecé a trabajar con Cuadrado, estaba harto de ver las fichas y los diarios de campo del Cabecico del Tesoro de académicos puros como Cayetano de Mergelina o Gratiniano Nieto, propios de los años treinta y cuarenta. Sin embargo, había una gran diferencia, entre estos y Cuadrado, en el rigor y eso que Don Emeterio era un ingeniero y un arqueólogo que se decía a sí mismo *amateur*. Recuerdo una ocasión, en el año 86, en que Don Emeterio, con enorme modestia, me enseñó unas fichas de campo sin publicar de El Cigarralejo. Había aplicado su mentalidad de ingeniero en aquellas fichas, mucho mejores que las de otros arqueólogos de la misma época. Y luego me sacó unos rollos de papel enorme y me dijo con cierta timidez: “Mira, esto es lo que he hecho para mi libro sobre la necrópolis”. Yo me froté los ojos y me dije: “No puede ser, este hombre ha inventado el principio conceptual y el principio de representación gráfica de las llamadas ‘matrices Harris’... décadas antes que el propio Harris”. Había una estratigrafía esquematizada de las superposiciones de tumbas de El Cigarralejo que él ya había hecho en los años 50. Si Cuadrado hubiera sido anglosajón, hablaríamos de las “matrices Cuadrado” y no de las “matrices Harris”.

Más allá de tu etapa de formación, ¿cuándo conseguiste hacer carrera académica?

Continué mi trayectoria en el mismo departamento de la Universidad Autónoma de Madrid: primero becario, luego ayudante, asociado y tuve la suerte inmensa, y ¿por qué no también?, la solidez de formación, que me permitió, siendo muy joven, con 29 años, obtener la plaza de profesor titular de universidad en la Universidad Autónoma de Madrid en un concurso con varios candidatos potentes. Es cierto que con el currículum con que se ganaba entonces una plaza de titular, hoy en día, no sacas ni una plaza de contratado doctor; es decir, las exigencias

actuales para entrar en la universidad han crecido exponencialmente. Ser titular muy joven me permitió planificar vida personal: mi primer matrimonio, comprar una casa en un pueblo fuera de Madrid... y me permitió tener la tranquilidad de espíritu para poder hacer lo que yo quería y no lo que otros querían que hiciese. Luego ya ganaría la cátedra, no sin ciertas demoras, por la situación de una universidad que veo en creciente descomposición económica, burocrática e incluso conceptual. Pero esa es otra historia. Y no me quejo de mi “carrera” académica, desde luego.

¿Y qué es lo que hiciste tras la titularidad?

Mientras estaba trabajando en Murcia, me di cuenta de que tenía otra pasión familiar en la vida, que era el mundo andaluz. Mi padre era sevillano, soy un gran amante de Sevilla y mi hermano Pablo es ahora conservador en el Museo Arqueológico de Sevilla. Yo había trabajado en Cádiz, en Doña Blanca, con Diego Ruiz Mata, así que sabía que quería trabajar en Andalucía porque lo que estaba haciendo el equipo de Jaén me parecía muy interesante. También quería trabajar en Córdoba, una zona fronteriza entre el ámbito turdetano y el ibérico, área que estaba menos trabajada que Murcia. En Murcia, el equipo de José Miguel, Virginia y Pedro Lillo trabajaba intensamente en las necrópolis, el trabajo de Cuadrado había abierto un mundo, así que yo quería hacer algo distinto. Por eso, me vinculé con un joven investigador de la Universidad de Córdoba, Desiderio Vaquerizo, que luego ha sido catedrático de esta universidad y dejé Doña Blanca para comenzar a excavar con él en el Cerro de la Cruz, en Almedinilla (Córdoba).

De ahí viene la conocida falcata de Almedinilla del Museo Arqueológico Nacional que has publicado en varias ocasiones.

Así es, Almedinilla, para quien no lo sepa, es uno de los centros fundacionales de la cultura ibérica. Allí, en 1867, Luis Maraver y Alfaro excavó, o más bien, escarbó una necrópolis y sacó las famosas falcatas de Almedinilla, que, en un primer momento, él consideró romanas. Es decir, el concepto de cultura ibérica como tal, en 1867, no existía. El Museo Arqueológico Nacional se fundó en esos mismos años, de Baza era conocido el Cerro Cepero, pero apenas se había publicado y las excavaciones del Cerro de los Santos, la llegada de París y Engel o el descubrimiento de la Dama de Elche estaban todavía décadas en el futuro. El Cerro de la Cruz lo había excavado Luis Maraver y Alfaro y luego vinieron Pierre París y Engel en el cambio de siglo y, en los años 60 y 80 del pasado siglo, hubo un saqueo sistemático, incluso con máquinas excavadoras. Desiderio Vaquerizo me propuso colaborar con él, primero como miembro del equipo, luego como subdirector y finalmente como codirector de un equipo, de un proyecto grande de la Junta de Andalucía. Más tarde, en 2006, el Ayuntamiento y el Museo de Almedinilla me pidieron que volviera a trabajar allí y me volví a incorporar, por lo que llevo 20 años trabajando sin parar en el mundo de la arqueología ibérica y de la conquista romana en la provincia de Córdoba.

¿Cuáles han sido sus principales aportaciones en la excavación y estudio de los materiales del Cerro de la Cruz de Almedinilla?

El Cerro de la Cruz es un poblado absolutamente excepcional porque se destruye en el año 141 a.C., en el contexto de las guerras lusitanas. Viriato intentó montar un control en el centro de Andalucía, con base en la zona de Martos (Jaén), muy cerca de Almedinilla. En este contexto el poblado fue destruido violentamente, casi con seguridad por los romanos, y abandonado, pero con todos sus materiales, con los esqueletos de los cadáveres despanzurrados, despiezados y amputados con una crueldad tremenda. Creo que es uno de los poblados con mejores materiales y mejor conservados de todo el mundo ibérico, desde Andalucía hasta Languedoc.

¿Pero también has trabajado en Jaén?

He mantenido siempre una relación excepcional, afectuosa y académica con el equipo de Jaén, con Arturo Ruiz, con Manuel Molinos y ahora con sus sucesores: Juan Pedro Bellón, Carmen Rueda, Miguel Ángel Lechuga, etc. Y de eso ha salido una fructífera colaboración en el proyecto Baecula, en Iliturgi, donde han tenido la amabilidad de integrarme para colaborar en el estudio histórico de las campañas y el arqueológico de las armas. Estoy muy contento de esa colaboración y de la amistad y confianza que los jienenses me han otorgado siempre.



Excavando en el Cerro de La Cruz, en Almedinilla, en 2009.

En paralelo, mi trabajo en Córdoba se ha traducido en una serie encadenada, desde hace más de quince años, de Proyectos de Investigación del Plan Nacional con el tema compatible de la gradual y violenta implantación romana. Así seguimos colaborando ambos equipos sobre la llamada 'arqueología del conflicto', hemos organizado congresos juntos, y parte del modelo de Jaén lo hemos aplicado nosotros para el estudio de los campos de batalla cesarianos en Ulia/Montemayor, en Córdoba.

¿Qué destacarías de tus excavaciones más recientes?

Tras los trabajos en el Cerro de la Cruz de Almedinilla, que estamos puliendo en biblioteca para la publicación de su memoria definitiva, he trabajado muchos años, desde 2009 creo, en el Cerro de la Merced de Cabra, y estamos también desarrollando un proyecto en el campo de batalla, de época de Julio César, en Montemayor. De manera que tenemos una serie de excavaciones y prospecciones que abarcan desde antes de las Guerras Púnicas a las Lusitanas y las Cesarianas, en un todo coherente. En particular, el Cerro de la Merced es un complejo aristocrático ibérico, una nueva tipología de yacimiento en Andalucía, excepcionalmente bien conservado desde el punto de vista arqueológico, destruido en la época de la guerra de Aníbal o justo después. Por este trabajo de grupo, nos concedieron en el 2015, el Premio Egrabrenses de Honor de ese año, prueba de la gran integración con la dinámica cultural de Cabra. En Ulia, hoy Montemayor, más cerca de Córdoba, identificamos un campo de batalla de época cesariana.

¿En Ulia/Montemayor también es donde os ha salido el carro ibérico?

Efectivamente, Ulia/Montemayor es un yacimiento impresionante porque la presencia física de Julio César tiene un atractivo tremendo y, por si fuera poco, el azar también interviene y, haciendo la prospección del campo de batalla cesariano, apareció el famosísimo carro ibérico del siglo IV a.C. en un contexto funerario que, en el año 2018, fue considerado por *National Geographic* como uno de los grandes descubrimientos arqueológicos del año en Europa y a nivel mundial. En este proyecto trabajamos yo mismo, Javier Moralejo, Jesús Robles y un amplio equipo, convirtiendo sobre la marcha una prospección en una excavación en toda regla, para lo cual es necesario obviamente tener un Grupo de Investigación con recursos.



Foto: Estudiando el recién aparecido carro ibérico de Montemayor con Javier Moralejo y Jesús Robles, principios de Octubre de 2018.

¿Cuáles crees que son las virtudes necesarias para el éxito académico?

El ámbito académico no es distinto de cualquier otro, como el de la empresa o el mundo del ejército. En mi opinión, hay un porcentaje muy bajo de gente que es brillante u original en su pensamiento, metódica y trabajadora. Y un número aún más reducido que es brillante, trabajadora, metódico y además tiene don de gentes y encanto, que es algo que fundamental para moverse en este mundo; si gozas en plenitud de esos cuatro rasgos – no es mi caso desde luego-, el éxito está garantizado y la perduración de tu influencia en el tiempo. Pero no es lo normal; lo habitual es que te falle, en mayor o menor medida, alguna de estas patas, que quede alguna más o menos coja. Hay un número importante de gente que no es especialmente brillante, pero sí muy trabajadora y metódica, y además es agradable y buena persona, y a esa gente creo que le suele sonreír el éxito académico si nuestra vida feroz no amarga. Luego hay gente que es razonablemente trabajadora, metódica, aunque no brillante y que no tiene demasiado don de gentes: creo que esa es, en muchas ocasiones, la infantería de los departamentos, museos o empresas y hacen un trabajo competente. Luego hay otras combinaciones que todos conocemos y que se dan en mayor o menor medida, alguna incluso bastante tóxica.

Si hay algo en lo que has destacado, frente a otros académicos, es en tu faceta divulgativa. ¿Qué nos puedes decir del mundo de la divulgación?

He dedicado mi vida a la docencia y, sobre todo, a la investigación, con mucho énfasis. Pero también he dedicado muchísimo esfuerzo a la divulgación, y ha sido una de las cosas que más satisfacciones me ha dado porque la gente de verdad lo agradece, y lo dice con sinceridad. No me refiero a la divulgación del mundo del TikTok, de píldoras de 3 minutos, soy de los que piensan que a la gente que le gusta la historia, se traga, con mucho gusto, conferencias de hora y media en YouTube, mientras que a los que nos les gusta la historia, no escuchan ni media hora, ni tres minutos. No puedes pretender llegar a absolutamente todo el mundo y convertir a todo el mundo en un aficionado al mundo ibérico o a la arqueología de los campos de batalla. Y creo que la divulgación es responsabilidad de los investigadores, aunque no en exclusiva. Que no es una pérdida de tiempo en absoluto y que no podemos quejarnos si no lo hacemos y luego personas con mas entusiasmo que formación ocupan ese nicho y dicen cosas que nos parecen barbaridades. Aunque es cierto que hay divulgadores procedentes del periodismo de gran nivel, como Mario Agudo, por ejemplo.

¿Cuándo empezaste a trabajar en la divulgación?

Comencé también a través de Manuel Bendala, quien me presentó a David Solar, entonces director de *La Aventura de la Historia*. Cuando estaba empezando la revista, en 1998, publiqué un primer artículo sobre el arco largo inglés, el *longbow*, porque también tengo formación de medieval. Escribía articulitos muy breves, de dos páginas, sobre el arco largo inglés, la falcata, la cota de malla, el casco medieval, etc.... con tal éxito que acabé publicando ciento y pico artículos en esa revista. Llegó un momento en que era un fijo y tenía muchísimo éxito. De esos ciento y pico artículos salieron mis dos libros *Armas de Grecia y Roma* y *Armas de la antigua Iberia* y fueron un éxito editorial relevante, a pesar de que eran libros muy caros y eso me hizo ver que a la gente le interesaba. Por cierto que por uno de esos libros me concedieron, en 2011, el Premio Hislibris al mejor ensayo histórico, premio que volvieron a concederme, unos años más tarde, por toda mi trayectoria académica, se ve que me hago mayor. Para mí, la investigación y la divulgación van de la mano y también estoy muy contento de que me concediesen, en 2012, el premio Vaccea de la Universidad de Valladolid, la institución de Cayetano de Mergelina, precisamente por la combinación de investigación y divulgación.

También has escrito numerosos artículos en *Desperta Ferro*...

Sí, además de *La Aventura de la Historia*, he trabajado con *National Geographic* y otras revistas. Pero, una de las cosas de las que más orgulloso estoy, es de que, hace quince años, un joven historiador, con formación de economista y cargo serio en un banco, vino a verme a través de Concha Blasco, catedrática de prehistoria de mi departamento, y me dijo que estaban pensando en montar una editorial nueva y que querían, de alguna forma, mi vinculación, mi colaboración o mi ayuda. Cosa que hice encantado en mis limitadas posibilidades porque me pareció un proyecto muy serio. Me refiero a Alberto Pérez Rubio, que colaboraba con otras dos personas -Javier Gómez Valero y Carlos de la Rocha- para montar esa empresa. Esa editorial era *Desperta Ferro*, que se ha convertido en una de las editoriales de referencia, no ya en España, sino en medio mundo, de buen hacer en historia, arqueología e historia militar. Dos de los directores de las tres cabeceras iniciales habían sido alumnos míos y les dirigí la tesis: Eduardo Kavanagh y Gustavo García Jiménez.

Quizás donde más has llegado al gran público ha sido en tus ciclos de conferencias de la Fundación Juan March...

Me he metido en muchos saraos. Por ejemplo, durante casi un cuarto de siglo, he realizado, como profesor, viajes por todo el Mediterráneo llevando grupos para la Fundación Politeia, y también con la Asociación Española de Egiptología y otras entidades, como la St. Louis University en Madrid. He hecho grandes amigos, he visto muchas cosas, incluyendo sitios maravillosos como la Libia arqueológica en época de Gadafi, y he trabajado como un burro preparando esos viajes 'de autor'. Pero es cierto, los seis ciclos anuales sobre historia militar que coordino en la Fundación Juan March tienen un éxito increíble. Hay una conferencia mía allí que tiene más de 3 millones de visitas en su versión de YouTube; otras muchas, 400.000 o 500.000 visitas..., también tienen mucho éxito las conferencias en la Fundación Pastor donde tengo el honor de ser patrono. Adolfo Domínguez Monedero, que es amigo mío, maestro también, y una de las personas más inteligentes en la Historia Antigua española, y al quien admiro profundamente, también tiene enorme éxito en estas conferencias. Es decir, a través del mundo de las conferencias, sobre todo ahora, a través de YouTube y a través de los canales online, tienes un impacto mundial, pues las conferencias de la Fundación Juan March llegan a toda Iberoamérica y a todo el mundo

JMGC: Fernando y yo compartimos la afición por las maquetas y los soldados de plomo.

Soy un gran aficionado al maquetismo y al mundo naval, pero jamás me compararé en conocimientos navales con mi amigo José Miguel, aunque ambos hemos dado conferencias de gran éxito sobre esos temas un poco frikis en la Universidad de Murcia. Pero una de mis aficiones más relajantes, que a mi mujer le encanta porque dice que me convierto en un hombre mucho más sensato, es pintar figuras de plomo de época napoleónica, periodo sobre el que he leído muchísimo, sobre el que he dado conferencias y tengo algún conocimiento. Es un traba-

jo manual, hay que limpiar las rebabas de las figuras, prepararlas e imprimir las de un modo mecánico, pero que exige mucho cuidado, antes de comenzar a pintar con exquisito detalle, pues son piezas de 25 mm de altura. Además, hay que documentarse sobre la uniformología de la época y conocer la organización de las unidades: cómo eran los suboficiales, la formación de los soldados, el origen de los soldados, las deserciones, la comida, la articulación de los niveles más bajos de pelotón, compañía, sección, etc. Las innovaciones de los grandes tácticos de la época, el genio de Napoleón, oscuro, pero genio, al fin y al cabo. Todo eso forma parte del *hobby* que es pintar figuras de plomo. Cuando me jubile, espero poder retomar mi afición juvenil al *wargame* para utilizarlas, porque ahora no tengo tiempo...

CEF: Hablando del genio de Napoleón. ¿Crees que hay genios militares que cambiaron el rumbo de la historia o son las circunstancias la que favorecen la aparición del genio?

Creo que hay genios militares. Sin duda. Como genios organizativos, artísticos, científicos o filosóficos. En el caso de Napoleón, fue además un genio organizativo, pero proyecta una sombra moral muy oscura. En todo caso, en lo militar empleó una herramienta forjada en las guerras de la República, una herramienta que él afinó, pero no creó. De hecho, con el tiempo se hace más basta y brutal, más un martillo que un bisturí, a medida que la calidad de sus tropas va disminuyendo por la sangría de sus guerras, provocadas por la ambición insaciable de todos, de él y de sus enemigos. Hasta 1805, la calidad sube, la *Grande Armée* de Austerlitz es el mejor ejército que tiene Napoleón. Desde ahí, entra en declive, en 1809, en la batalla de Wagram, ya tienen que sustituir masas de artillería para compensar la declinante calidad de sus tropas. Napoleón es un excelso táctico, aunque luego se vuelve comodón, cuando tiene esas fuerzas enormes. En cambio creo, contra la opinión general, que como estrategia fue un desastre, derivación en parte de sus orígenes corsos: los errores de cálculo al invadir España y Rusia, su incompreensión de lo que puede hacer Gran Bretaña... En fin, todo esto sería tema de conferencias largas. Pero sí, creo que hay periodos críticos donde el genio y la estupidez se revelan con mayor claridad, y donde personalidades con carisma, genio y pocos escrúpulos pueden convertirse en figuras imperecederas, aunque ambivalentes.

¿Hay algo que desee añadir?

Pues sí. Lo más importante. Tengo la suerte de estar acompañado, desde hace casi un cuarto de siglo, por mi mujer Nuria, que es una lectora ávida y la mejor compañera de vida. Limitándome aquí a lo relativo al trabajo, cuando estás acostumbrado a un universo en donde, ya ni la mayoría de los estudiantes universitarios, parecen apasionarse demasiado por nada, y donde, a menudo, te sientes maltratado -con datos objetivos- por tu *Alma Mater*, te das cuenta de la suerte que tienes cuando vives tu vida con alguien que realmente aprecia el conocimiento, a quien le encanta ver yacimientos y museos, que siempre quiere más, y que te exprime como un limón. Todo eso lo disfruto ahora con mi mujer.